

PANEGÍRICO
DE SAN CRISPIN Y SAN CRISPINIANO.

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret.

Dios ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles, y despreciables del mundo, y á aquellas que eran nada, para destruir cuanto hay.

(EPIST. I AD COR. I, 27 ET 28.)

Tal es, amigos míos, el orden de la divina Providencia; y de este modo es como nuestro Dios y Señor se complace en hacer resplandecer su grandeza soberana y su virtud poderosa. Si para obrar cosas grandes no escogiese sino grandes sujetos, se podrían atribuir sus maravillosas obras á la sabiduría, al poder y á la fuerza de los ministros que las ejecutaban. Pero, á fin de que ningún hombre tenga de qué hincharse de una falsa gloria delante del Señor, no son comunmente los sábios, según la carne, ni los ricos, ni los poderosos, ni los nobles, á quienes hace servir para la ejecución de sus intentos; antes bien, por el contrario, toma los más pequeños que hay para confundir á todos los poderosos humanos, y vá á buscar hasta en la nada á los que quiere levantar sobre todas las grandezas de la tierra. Pensamiento bien humillante para los unos y de mucho consuelo para los otros; bien humillante para vosotros, grandes del siglo, pues todo ese esplendor que os rodea, esa autoridad, esa elevación y esa pompa que os distinguen á vuestra vista, no es parte que el Señor ponga sus ojos sobre vosotros. ¿Qué digo? Esas distinciones son puntualmente, según las reglas ordinarias de su conducta, lo que su Majestad desecha, cuando quiere obrar por el ministerio de los hombres sus más admirables maravillas. Pero, al mismo tiempo,

pensamiento de mucho consuelo es para vosotros, pobres, para vosotros, á quienes vuestra condición ha puesto en el último lugar; para vosotros, á quienes la oscuridad de vuestro origen y lo débil de vuestras luces parece que os hace incapaces de todo. Tened confianza, que cuanto más menospreciados sois en la opinión del mundo, tanto más ama Dios el glorificaros y glorificarse su Majestad misma en vosotros.

¿Y acaso podría yo daros un testimonio más palpable de esta divina providencia, que presentándoos á la vista los dos insignes mártires, cuya memoria celebramos en este día? Quiero decir, oyentes, estos dos héroes del cristianismo, estas dos columnas robustas, que sostienen el edificio cristiano; estos dos ángeles veloces, que anuncian la paz á Israel; estos dos queridos hermanos, más por la caridad que por la sangre. De Crispin y Crispiniano hablo, objetos dignos de admiración, ejemplares de virtud, modelos de santidad y dechados de perfección. ¡Ojalá, que acierte mi lengua á ponderar las virtudes y proezas que estos dos santos grabaron en su alma y los eternizaron en la memoria de los hombres!

Alegraos, honrados artesanos, de tener por protectores y patronos á estos dos compañeros de vuestro mismo oficio, S. Crispin y S. Crispiniano. Estos son los instrumentos flacos de que se valió el Altísimo para confundir la potencia y la soberabía del mundo. Estos son los dos fuertes campeones, que triunfaron del furor de los tiranos; los dos mártires gloriosos, que con su sangre derramada propagaron felizmente el reino de la fé. Ellos eran unos hombres sencillos y desprovistos de todas luces, unos hombres débiles y sin poder, unos hombres reducidos á mantenerse con la labor de sus manos; pero estos mismos abatimientos brillan á favor de la religión como el oro entre los metales. La simplicidad de estos santos fué más ilustrada que la sabiduría del mundo; primera parte: su flaqueza más poderosa que toda la fortaleza del mundo; segunda parte: su abatimiento más honrado que toda la grandeza del mundo; tercera parte. Estas tres reflexiones darán materia á mi discurso y ocuparán vuestra atención. Mas, antes de pasar adelante, imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

Quando la humana sabiduría se junta con la humildad y propio conocimiento, forma un hermoso enlace y un vistoso adorno capaz de cautivar las voluntades. Libre de aquella hinchazón que la acompaña, sirve de instrumento á la virtud, ó para hacerla más útil á los otros, ó, á lo ménos, más respetable. Pero cuando la ciencia del si-

glo reina por sí sola y levanta orgullosa la cabeza, sacudiendo el yugo de la humildad que la sujetaba; ¡qué delirios no produce! qué desaciertos no causa! qué alucinaciones no engendra! Esta prudencia de la carne es la mayor locura del espíritu, y se necesita una particular asistencia de la gracia para no deslizar y caer en mil errores. Sin embargo, como de suyo es tan eficaz, tan persuasiva y tan nerviosa, no es mucho que aquellos talentos adornados de tales luces deslumbrén a los sencillos, y arrastren a su partido una porción de gente sorprendida del torrente, facundia y energía de sus discursos. Lo que tengo por prodigio es, que unos hombres destituidos de esas cualidades brillantes, ocultados en sí mismos, abatidos en la condición de una vida ordinaria y oscura, se hagan respetables, aplaudidos y ruidosos; y que ellos solos, sin otras armas que su virtud y su celo, sujeten al yugo de Jesucristo más corazones que toda la pompa y esplendor de los ingenios referidos. Eso es lo que llamo yo simplicidad evangélica, más ilustrada que toda la sabiduría del mundo.

Gracias te sean dadas, infinita é invencible omnipotencia de mi Dios, que te vales de la flaqueza, de la ignorancia, de la pobreza y de la miseria, para abatir, humillar, confundir y perder á los más fuertes, sábios, poderosos y ricos de la tierra; que por medios incógnitos á la prudencia humana, que tú solo podías elegir, tomas para llegar segura é infaliblemente á tus fines unos caminos, que parecen á todos muy remotos. Gracias os sean también dadas, insignes mártires del Señor, que ilustrados con una luz del Cielo, arrastrados por el rápido impulso de un espíritu superior y dominante, encantados y atraídos de un secreto, pero victorioso deleite con todas las apariencias contrarias, seguisteis humildes á un Dios humillado, echando sobre él los fundamentos de una religión infinitamente más grande, más estable y más segura de su inmortalidad, que todas las falsas é imperfectas religiones del mundo. Bien hubierais podido gloriaros, según los sentimientos de la carne, en la nobleza de vuestra sangre, en el esplendor de la corona que adornaba vuestras sienas, en la opulencia de las riquezas que lisonjaban el gusto, en la multitud de personajes nobles que os servían de criados, en las ricas y costosas telas que cubrían vuestro cuerpo, en los pasatiempos, placeres, diversiones y regocijos que os ofrece el mundo halagüeño en tazas de oro; todo esto era debido al origen de vuestro nacimiento. Vuestro padre, monarca poderoso, idolatraba en sus dos hijos como pedazos de su corazón; harto lo sabiais, amados Hermanos. ¿Que os hubiera podido faltar en un palacio? Pero nó; esas falsas aparien-

cias de gloria son para aquellos sábios engreídos, que idólatras del honor y esclavos de la ambición, no dejan piedra por mover para sus depravados fines, y están prontos á sacrificar su conciencia y su alma por una nube de humo. Vosotros, Santos míos, no os gloriais sino en Cristo crucificado; el desprecio de la tierra, el deseo del Cielo, el abandono de las riquezas, el amor á la pobreza, la caridad para con el prójimo, el celo por la honra de Dios; la humildad, la paciencia, la necesidad, el rigor, el sufrimiento y la cruz, son la piedra fundamental de vuestra cristiana filosofía, más ilustrada que toda la sabiduría del mundo.

Apénas estos dos sábios Salomones conocieron la caducidad y engaño de lo terreno, la falsedad de la religión que profesaba su padre, la verdadera senda del Paraíso; apénas se les descubrió la luz de la fé, por medio de un cristiano cautivo que les destinó la Providencia; luego al punto dejaron las supersticiones del paganismo y abrazaron los dogmas de la Iglesia nuestra madre. Sentimos, le dijeron á aquel hombre católico, instrumento de su dicha; sentimos en nuestros corazones un impulso que nos mueve, un peso que nos inclina á seguir la ley santa en que nos has instruido: no habrá embarazos que impidan nuestra conversión; no habrá inconvenientes que estorben nuestro designio; no habrá obstáculos que retarden nuestra mudanza: estamos dispuestos á perderlo todo por nuestra salvación. ¿Qué nos prohíbe el bautizarnos para entrar en la sociedad de los escogidos y predestinados? Dejaremos como Abrahán la casa de nuestros padres, saldremos de nuestras tierras, y seguiremos el destino de la providencia de Dios, que nos llama y nos convida para su Reino. Con el sudor de nuestro rostro y el trabajo de nuestras manos sustentaremos la carga de nuestros cuerpos. Haremos de zapateros, oficio, que al paso que nos dará el necesario alimento, nos proporcionará ocasiones para ganar almas al Criador. Todo nuestro anhelo será manifestar con verdad y sencillez las máximas de una religión, que es preciso tener vendados los ojos para no ver las ventajas que lleva á todas las demás. Si nos tratan mal con palabras, callaremos; si nos injurian con obras, adoraremos en el silencio al Señor por quien sufrimos; ejerceremos la liberalidad con los pobres á costa de nuestros desvelos; y ya que el Cielo nos conduce por este rumbo impensado, también será justo que nosotros cooperemos á la de nuestros hermanos. El Dios por quien vivimos nació pobre, abatido y humillado, siendo hijo del Rey de la Gloria: no será mucho que nosotros imitemos sus pesadas cargas, aunque la naturaleza nos hizo descendientes de príncipes.

Consideradlos, hermanos míos, unidos ambos á dos con estrechos lazos de caridad, animándose á llevar adelante la determinacion noble de su designio. No son éstos como Abel y Cain, el uno inocente y el otro facineroso; no son como Jacob y Esau, el uno virtuoso y el otro malvado; son dos fuertes Macabeos, concordes en la virtud como hermanos en la sangre. Crispin y Crispiniano resuélvense á salir de Roma por no dar motivo á que su mismo padre, noticioso del nuevo estado, bañase sus manos impuras en la sangre de sus hijos. Pártense para Francia, y en una de sus ciudades ponen tienda pública de zapatos, ó por decirlo mejor, escuela de virtud, cátedra de piedad, casa de religion: muertos al ligam en medio de Babilonia, se parecen á la zarza de Moisés, que entre llamas conservaba sus verdores. Sus conversaciones, sus modales, su conducta irreprehensible; su caridad para con los pobres; su piedad, su misericordia, no podian dejar de descubrir la religion que profesaban; el celo y la uncion de sus palabras convertian á innumerables pecadores; todas las gentes se complacian del porte de unos hombres, que no tenian más fin que el hacer bien á los demás. Pero, por mucho que ellos deseaban pasar sus dias en aquel retiro y acabar la vida en la oscuridad, queria tambien la bondad de nuestro Dios darles un testimonio de su particular amor: queria que el universo conociese, no solamente la simplicidad de estos Santos, más ilustrada que la humana sabiduria, sino tambien su flaqueza, más poderosa que toda la fortaleza del mundo.

Desde el principio del mundo, la religion ha estado expuesta á crueles envidias, y la justicia ha padecido extrañas violencias. Cain mató con su propia mano á su hermano, que por su inocencia era agradable al Señor; y para que la impiedad derramase con ménos horror la sangre extraña, empezó á ensayarse por la propia. Persiguieron á David, desterraron á Elias, apedraron á Jeremias, dividieron por medio del cuerpo á Isaías; Zacarias fué asesinado entre el templo y el altar; y la cabeza del Bautista fué dada á una jóven disoluta por haber danzado airosamente. Así morian y debian morir los que anunciaban al verdadero Dios, y solicitados para que adorasen los ídolos, se negaban á tributarles un sacrilego culto. Era preciso, que la verdad se estableciese y perpetuase en los siglos futuros por la muerte de los que la defendian, y que no hubieran querido morir si no hubiesen estado penetrados y convencidos de lo que enseñaban á los demás.

Esto es puntualmente lo que practicaron los ilustres héroes Crispin y Crispiniano. No pudieron ocultarse las virtudes de estos dos Santos á la pesquisa continua de Maximiano; brillaban á pesar de sus

precauciones de su abatimiento, y dieron de golpe con su resplandor en los ojos enfermos de este príncipe. Jamás se vió hombre ni más inhumano, ni más cruel, ni más soberbio; sus simples insinuaciones tenian fuerza de rigurosos preceptos; y acostumbrado á ser obedecido por miedo, por interés, por respeto ó lisonja, oponerse á sus decretos era crimen de lesa majestad. Celoso sobremanera de la religion pagana y de la tradición de sus mayores, el nombre solo de cristiano era la injuria mayor de su grandeza. Sirvese para sus intentos de Riccio Varo, juez malvado y cruel. Toda la gloria de este ministro estaba interesada en el vencimiento de nuestros mártires. ¿A dónde te diriges, ministro detestable? ¿Qué ufano y altanero te muestras con una comision tan lisonjera á tu gusto! Sin duda te prometerás ya la gloria del soberano por el glorioso éxito de tus pretensiones. Espera un poco: bien puedes emplear, yo te lo concedo, bien puedes emplear y prevenirte de ruegos, persuasiones, solicitudes, halagos, caricias, amenazas y tormentos; bien puedes emplear todos los ardidés de guerra para batir estos dos fuertes muros de la Iglesia. Persuádelos á que se retracten en público de un atrevimiento tan escandaloso para satisfacer condignamente el oprobio del César; instalales á que doblen la rodilla, y que tomando un puñado de incienso esparzan el humo en honor de sus deidades; hisonjales con la veneracion en que les tiene una ciudad populosa; díles que se alegrará de oír de sus propias bocas, la retractacion pública de todo lo que han proferido á favor de una nueva secta, que adora á un miserable clavado en una cruz; promételes, halágalos, amenázalos; castígalos; que ni tus promesas, ni tus halagos, ni tus amenazas, ni tus castigos podrán conmovér su valor.

¿Qué es eso? Lo primero que les propones es, que se inclinen delante de los ídolos. Ellos declaran, que esas mentidas deidades no son más que simulacros groseros, escondrijos de demonios, depósitos de asquerosidad é inmundicia; que el Dios de Cielos y tierra, que tienen grabado y esculpido en el corazon, se ofende sobremanera de tales sacrilegios; que eso es quitarle el culto que á Él solo se le debe, por darlo á los leños, á las piedras ó á los animales inmundos. ¿Qué pretendes? ¿Llevarlos á presencia de Maximiano? ¿Acaso juzgas, que la majestad de este monarca será bastante á turbar su espíritu, fortalecido con el escudo impenetrable de su fé y de su constancia? Saben muy bien, que el Espíritu divino les sugerirá palabras más penetrantes que espadas de dos filos en presencia de los príncipes de la tierra. Su confesion delante de Maximiano será la misma que delante de Riccio Varo. Ellos no tienen más que una fé, y la han de confe-

sar en todas partes. Con efecto, hermanos: la libertad de nuestros héroes en presencia del emperador, el denuedo y animosidad en confesar la fé de Jesucristo, el desprecio y escarnio de las fabulosas deidades, la resolución constante de su alma, la determinacion robusta y varonil de su espíritu, encendieron el furor de Maximiano; quien, entregándolos segunda vez al perverso juez, manda, que ejecute al punto cuantos géneros de tormentos le dicte su crueldad bárbara é ingeniosa. Pero, ¡oh Dios! ¡y qué poco pueden las disposiciones de los hombros contra las divinas disposiciones! Rabiaba Riccio Varo, y entendido en coraje como un leon de la Numidia, no sabia como contrastar la firmeza de los mártires, ni como desfogar su saña en aquellas victimas inocentes. Si los azota cruelmente, la sangre corre de sus venas; pero solo sirve para acrecentar el torrente de lágrimas que destilan sus ojos de puro gozo y regocijo. Si los manda despedazar con garfos acerados, con puntas y peines de hierro, la carne de ellos se vuelve impenetrable al acero, y botando éste de sus miembros hace en los verdugos una horrible carnicería. Si los arroja á los raudales del rio, atadas al cuello pesadas ruedas de molino, las aguas atentas les conceden paso franco, ó les sirven de camino sólido y cristalino para no sumergirse. Si les prepara calderas de plomo ardiendo, salen de ellas más contentos, ilesos y gloriosos que habían entrado, semejantes á los niños de Babilonia, ó al Evangelista y discípulo amado. Solo el malvado juez experimentó parte del castigo que merecia su crueldad, pues saltando unas gotas de aquel metal derretido y salpicándole un ojo, se lo arrancó de raíz con acerbisimo dolor.

Bramaba Riccio Varo como un toro herido de la aguda punta de la lanza; y no sabiendo ya á qué recurrir para acabar con aquellos ilustres campeones, testigos de su ignominia é instrumentos de su afrenta, echa mano del último recurso: ordena juntar gran copia de resina y pez hirviendo, y zambullir en tan diabólico baño á Crispin y Crispiniano. Ya los verdugos se horrorizaban de tantas crueldades, y ellos mismos temian ejecutar lo que los mártires no temian padecer. ¡Oh poder del Señor! no queria que sus siervos acabasen la vida en los tormentos, ni ménos que el juez levantára ufano la bandera del vencimiento; y hé ahí al punto un ángel, que, tomándolos de la mano, los saca triunfantes del lago tenebroso del suplicio. Despedido el ministro y desesperado, arrojase enfurecido en el baño, porque su soberbia no le permitia ver tantos desaires juntos; pero no halló el refrigerio que nuestros Santos: ejercieron las llamas su actividad en el tirano, le abrasaron las entrañas, le redujeron á negro

carbon, y quedó hecho espectáculo triste de confusion y de horror. ¡Cuán generosamente, Señor, os portais con vuestros siervos! En verdad sois admirable en vuestros Santos. ¿De dónde les vino tanta firmeza en los tormentos, tanto sosiego en las amenazas, tanta paz en las afrentas, tanta alegría en las cadenas, tanto valor en los azotes, tanta resistencia á las afiladas puntas de acero, tanto refrigerio en el fuego, tanta lijereza en las aguas, sinó de vuestra diestra poderosa, del vigor de vuestra gracia? No obstante, amados oyentes, de semejantes favores faltaba todavía el mayor de todos: no queria el Señor privarlos de la corona del martirio, que con tantas ansias pedian estos dos siervos sedientos de padecer; é inclinando la cerviz al cuchillo recibieron humildes el golpe del afanje: quedó el tronco sobre la tierra, y sus almas volaron á las moradas eternas de los Cielos. Aquellas carnes flacas se hicieron de bronce al rigor de los tiranos; y aunque éstos se cansaban y fatigaban en inventar crueldades, no pudiendo vencer su constancia, vino á ser su flaqueza más poderosa que toda la fortaleza del mundo.

¿Qué falta ahora para concluir el elogio de estos dos grandes Santos sinó demostraros en dos palabras su abatimiento, más honrado que toda la grandeza de la tierra? El orgullo de los hombres los ha hecho hallar el secreto de levantar arcos triunfales y erigir estatuas, que sirvan de eternos monumentos á sus hazañas, para recibir del arte una especie de inmortalidad que á ninguno concedió la naturaleza. Ellos graban sobre el mármol y sobre el bronce las acciones ilustres de su vida, para hacer su vanidad tan eterna y duradera como las piedras y los metales; pero no advierten que el tiempo consume entrambas cosas, y no es medio proporcionado á sus orgullosos fines. Acciones grandes, ideas elevadas, proyectos extraordinarios, fortuna brillante, empresas altas, nacimiento ilustre, riquezas abundantes; hermosura, ciencia, talentos, ingenio, todo fenecé y se deshace como el humo. Solamente se perpetúa la vida humilde, ejemplar y edificante. Pertenece al honor de nuestro Dios el que sus siervos sean honrados; y despues de haberse empleado ellos en procurar su gloria, Él mismo tiene cuidado de glorificarlos. Señor, decia David, Vos sabeis bien retribuir á vuestros amigos lo que habeis recibido; y si ellos han tenido la felicidad de daros á conocer entre los hombres, se hallan bien pagados de su trabajo por el alto grado de elevacion á que los habeis exaltado en vuestro Reino, y aún por la profunda veneracion en que están sus nombres sobre la tierra. *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* Y así, entre los santos, parece que Dios se complace en elevar á aquellos, que se hallaron en el mundo en los

puestos últimos y en la clase más ordinaria. Los santos reyes, por más reyes que hayan sido, son ménos conocidos y reverenciados que otros mil santos, que han salido de las más humildes condiciones y que han vivido en la oscuridad y el olvido; como si Dios, hasta en el orden de la santidad, tuviese aún gusto en humillar la grandeza del siglo, y en manifestar una predileccion particular para con los pequeñuelos.

Crispín y Crispiniano, vosotros sois la prueba más convincente de estas máximas que tengo establecidas. Vosotros habeis sido honrados en todos tiempos por los príncipes y monarcas, honrados por los pontífices y obispos de la Iglesia, honrados por los santos y escritores, honrados por las ciudades y pueblos de la cristiandad. Esta es la pura verdad, amados oyentes. A nuestros Santos todos los fieles los invocan, los suplican, los llaman en sus aflicciones; acuden á sus cenizas como á medicinas universales de todas dolencias; sus vestidos, sus retratos, sus imágenes, obtienen una veneracion respetuosa en el corazon de los fieles. ¿Qué significan, sinó, los templos dedicados á su nombre, las capillas erigidas á su honra, las lámparas ardiendo en sus altares, las festividades concedidas á su culto, las procesiones, elogios y panegíricos consagrados á su fama y su virtud? Devotos artesanos, continuad tributándoles estos obsequios de piedad, no quedarán sin premio; son muy generosos para dejar vuestra devocion sin recompensa. Solicitad su patrocinio, clamad, pedid, suplicad; que ellos os concederán ayuda en las necesidades, consuelo en las aflicciones, remedio en vuestros ahogos, paz en el corazon, alegría en vuestra alma, gracia en la vida, y en la muerte gloria eterna. Así sea.

PANEGÍRICO

DE SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Exemplum virtutis et fortitudinis.
 Dechado de virtud y de fortaleza.
 (II MACHAB. VI. 31.)

Si, hermanos míos, razón tuvo el gran padre de la Iglesia S. Ambrosio, de llamar á esta esposa amada del Salvador campo hermoso, tierra amena, heredad del Señor fecunda en santidad y virtud. En ella se dejan ver las más bellas plantas, los árboles más frondosos cargados de sazoados frutos, y las más vistosas flores, que exhalan de sí una exquisita fragancia para recreo del divino Esposo. En ella se dejan ver robles de fortaleza, almendros floridos de devocion, encinas de humildad, cedros de constancia, abetos de contemplacion, hiedras de celo, azucenas de pureza, lirios de mortificacion, retamas de penitencia, claveles de rubor, amapolas de sencillez, violetas de discrecion y rosas de amor divino, cuyo olor suave y aromático sube hasta el trono de Dios y complace el corazon del Altísimo. Como Jesucristo la fundó sobre las ruinas de la Sinagoga, quiso darle una prueba de su singular amor colocando en su seno personas de todas clases, estados y condiciones, dotándolas de aquellas gracias y prendas admirables que forman el carácter de sus escogidos. El pueblo de Dios, en otro tiempo, era un pueblo de eleccion, ceñido á los cortos limites de Judea y Palestina; pero la Iglesia ó sociedad cristiana, al paso que goza de otras más nobles prerogativas, como establecida sobre principios más altos, tiene igualmente la ventaja de ser más universal en su vocacion, más dilatada en su imperio, abrazando en su católico centro á cuantos la gracia poderosa mueve, inclina, conduce y suavemente arrastra á la profesion y observancia de su disciplina, de su moral, de sus dogmas y de su ley. Ni el judío, ni el gentil, ni el bárbaro, ni el escita, ni el griego, ni el romano; ni el pobre, ni el rico, ni el noble, ni el plebeyo, ni el ignorante, ni el

sabio, ni el vasallo, ni el príncipe; nadie está excluido de entrar en esta Arca de salvamento; todos tienen puerta abierta en esta ciudad de Dios; y la fuente de la regeneración y marca de la fé se ofrece á todo espíritu dócil que rinda su cerviz al yugo del Evangelio. Pero aquel gran Dios, que en los decretos soberanos de su eterno Consejo tiene sellados los destinos infalibles de las criaturas, y para quien todos los medios, que parecen desproporcionados á la prudencia humana, son oportunos y aptos para la ejecución de sus designios; como que tiene sus mayores delicias en dar á conocer al mundo, que ni el estado, ni el sexo, ni el nacimiento, ni la ilusión, ni el error pueden frustrar sus decretos, cuando escoge para vasos de honor y de gloria á los que parece habian nacido vasos de ignominia y contumelia. No obstante que su adorable providencia dispone con suavidad todas las cosas, proporcionando los efectos segun la exigencia de las causas, con todo, muchas veces, por una demostración de su poder y de su amor deja las sendas comunes y regulares, y se complace en formar sus obras de un modo muy particular y extraordinario.

La gran Santa, que en este día veneramos, la esclarecida, la gloriosa, la incomparable Cristina, es un testimonio prodigioso de la gracia del Señor; y una prueba la más enérgica de su bondad y poder. Él la escogió para esposa suya, previéndola con aquellas bendiciones de dulzura que la hicieren digna de su agrado y complacencia. Ni lo delicado de su sexo, ni la ternura de sus años, ni la religión de sus padres, ni los errores en que nació envuelta, pudieron impedir, que el Señor pusiese los ojos en su sierva, y la adornase de las más altas y relevantes prendas de sus celestiales dones. Como rosa entre las espinas, y como estrella matutina en medio de la niebla, se levanta Cristina superior á sí misma, siendo á la vista del mundo, de los ángeles y de los hombres, espectáculo de admiración y de asombro. El Esposo dulcísimo de las almas la plantó por su misma mano, como una temprana flor en el jardín ameno de la Iglesia, la regó con el rocío de su gracia, le dió incremento con el calor de su espíritu; y hallándola digna de su aprobación y de su gusto, la arrancó de este suelo ingrato y la trasplantó al país de la inmortalidad, coronándola con la duplicada corona de virginidad y martirio, para que fuese á los siglos venideros un ejemplar el más raro de virtud y fortaleza: *Exemplum virtutis et fortitudinis*. La gracia, que es la joya preciosa con que se enriquecen las almas, la animó en todas sus obras, dirigió todos sus pasos, elevó sus pensamientos, contuvo sus sentidos, santificó sus potencias, ennobleció su espíritu, la hizo ejemplo de virtud. La gracia, que mueve los corazones y los alienta,

le infundió aquellos impulsos de morir por su Esposo, la hizo dar la vida y derramar la sangre por el amado, siendo ejemplo de fortaleza. Ved ahí, como en un breve mapa, delineado el plan de mi discurso una virgen prodigiosa en su vida: una virgen admirable en su muerte. En su vida, por lo singular de su virtud y santidad; en su muerte, por lo extraordinario de su pasión y martirio: Cristina, vi- viendo, ejemplar de virtud; Cristina, muriendo, ejemplar de fortaleza. A. M.

Siempre es el Señor admirable en sus santos, como habla la Escritura; pero lo es mucho más cuando eleva á la santidad aquellas almas, que parecen haber nacido totalmente para el mundo. Hay en la naturaleza ciertos atractivos tan poderosos para el mal, tan embarazosos para la virtud, que es menester una particular gracia para sofocarlos, y que la diestra del Excelso ejercite todo su poder para vencerlos. Ser cristiano y hacer gala de serlo quien ha sido educado en el seno de la Iglesia; ser humilde y desprendido aquel á quien el Cielo negó estos bienes que llamamos de fortuna; ser casta y pura una persona á quien se promete galardón y corona inmortal por su pureza, ó que abrazó por elección un estado, que conserva el candor de esta virtud entre las espinas del rigor y penitencia; son efectos ordinarios de la gracia; que si bien merecen nuestra atención, porque al fin son el cumplimiento de la ley, me atrevo á decir, que no causan asombro ni se celebran como prodigios. No avergonzarse, empero, de la cruz, sino seguirla con gusto y con vanagloria; abandonar las riquezas, las pompas y conveniencias del siglo, que fomentan y encienden con tanta fuerza el espíritu mundano y divertido; negarse á los gustos más halagüeños y seductivos de la carne una alma, que nació en las delicias, en el regalo, en la opulencia, en una religión que hace mérito del deleite; esto es lo que tengo por raro y admirable, y esto es, puntualmente, lo que ejecutó nuestra Santa.

Ella abrazó, desde su más tierna edad, la religión cristiana, y cuanto el Evangelio ofrece de más opuesto á las pasiones y á los sentidos, á pesar de los poderosos encantos con que la brindaba el mundo, y á pesar de un padre, entusiasmado en la religión de sus mayores, y tan adicto á las leyes del gentilismo, que era un enemigo jurado de Jesucristo, como tenáz en sus inicuas y sacrilegas tradiciones. Urbano, tal era el nombre de su padre, parecia, por su poder y condicion altanera y feroz, un mónstruo del abismo, y un agente de Satanás para arrastrar á la superstición y culto de los ídolos el mundo ente-

ro. Cristina, por el contrario, dócil á las impresiones de la gracia, nada repugnaba ni aborrecía más que aquellas obras de las manos de los hombres, en las cuales se ofrecía incienso á los demonios. Urbano no perdía punto en instruir á su hija segun las máximas execrables de su moral pagana y corrompida; Cristina cerraba sus oídos al veneno del áspid; y fijando su atención en las criaturas, rastreaña por ellas la mano del que las crió, y á quien solamente se deben el culto y la adoracion. Urbano, empeñado en la disciplina de la hija sobre el origen de sus dioses y de sus héroes; Cristina, mal avenida con aquellas fábulas y embelecos, buscaba aquel solo Dios que iba rayando con sus luces en su alma. Estos simulacros mudos, se decia á sí misma, estos leños secos é inanimados, ¿es posible que puedan ser autores de la belleza de los cielos, de la hermosura de los astros, del curso de los planetas, de la production de las plantas, de la animacion de los vivientes, y cuanto se contiene en esta prodigiosa máquina? No, no es esto posible. Vos, Señor de mi corazon, Vos solo sois el Dios de los Cielos y tierra; Vos solo sois el criador y dueño del mundo; y solo Vos habeis podido trazar esta admirable fábrica del universo, y extraer del abismo de la nada esta prodigiosa multitud de seres, que son el embeleso de los sentidos y el imán de mis potencias. Alrid, Señor, los senos tenebrosos de mi entendimiento, y derramad en mi mente el rayo de aquella luz, sin la cual han de quedar en tinieblas los mortales, por muy ilustrados que aparezcan á los ojos del mundo.

No habló el Señor en oír los ruegos de su sierva y en darle á conocer los arcanos de su divino pecho. Si Pablo fué instruido en la fé de Jesucristo por boca de Ananias, Cristina, la feliz y afortunada. Cristina cursó con el mismo Señor de las ciencias, que hizo veces de maestro para enseñarle la doctrina del Cielo. ¿Qué progresos no haria esta tierna niña en la escuela de la virtud y perfeccion, teniendo por director al mismo Espíritu Santo, espíritu de verdad é inteligencia, espíritu de sabiduría y de consejo, y fuente de todo dón perfecto que baja del Padre de las Luces! Los hombres estudian y aprenden con lentitud y trabajo; y guiados por las luces de la razon, débil en materias superiores á la capacidad humana, no palpan más que tinieblas y quedan burlados en sus más serias especulaciones. Muy al contrario es el magisterio del Espíritu soberano, cuando toma por su cuenta ilustrar una alma privilegiada. Con solo decir: Hágase la luz; la luz se forma, y sus rayos embisten con tanta claridad y limpieza, que al punto disipan las sombras de la ignorancia, penetran los senos de dureza, ahuyentan la tenebrosidad de la men-

te; y sin ser menester semanas, meses ó años, en un momento, se adquieren las noticias más sublimes, se imprimen los resplandores de la sabiduría increada, la fé se graba profundamente, los misterios más recónditos se hacen accesibles al entendimiento humano; no hay dudas que perturben, ni perplejidades que angustien, ni oposicion que embarce; y la misma arduidad de los misterios es el más fuerte motivo de su creencia. ¡Dichosas las almas enseñadas por un maestro tan hábil! ¿Qué adelantos tan rápidos no hacen en la ciencia de los santos! Como beben en la fuente, todas las aguas son puras y cristalinas; y abrasadas del fuego del amor divino, respiran por todos sus sentidos y potencias esa dulce y deliciosa llama.

Cristina me convence y nos convence á todos de esa admirable economia y providencia de Dios. Su entendimiento, ilustrado con la luz del Cielo, su corazon ardiendo en divinas llamas, su alma como separada de su cuerpo y elevada hasta el seno de la divinidad, fué hecha participante de las noticias de la gloria, de la grandeza de Dios en sí mismo, de su unidad inefable, de su Trinidad incomprendible, de la emanacion del Verbo, de la procesion del Espíritu Santo, de la redencion del mundo por medio de la Encarnacion y muerte del unigénito de Dios Padre; y me presenta una maestra consumada, una doctora del cristianismo, un genio raro, despejado y sublime, capaz de hacer frente á aquellos sábios mundanos, que no tienen otra ciencia que una charlatanería importuna, una locuacidad desreglada, y un prurito de hablar y decir, sin saber muchas veces lo que dicen y hablan. No hay necesidad de esperar en Cristina la madurez de los años, para hacer un justo discernimiento entre lo bueno y lo malo, entre la virtud y el vicio, entre la verdadera religion y la falsa creencia: apenas raya en ella el uso de la razon, ya llega á la mayor solidez en el juicio; éste es un astro que, luego que amanece, ya toca el cénit de sus resplandores, y un fuego que sube á su mayor incremento desde el punto que se enciende. El mundo se presenta á los ojos de esta niña para prevenirla con sus encantos; mas luego conoce ella la falacia del impostor y el veneno que ofrece en su dorada copa. ¡Oh mundo; ¡y cómo engañas á los que no tienen la sabiduría de Cristina! Mundo hipócrita, solapado enemigo, oficina de maldad, en que se forjan aquellas saetas mortales que inflaman y atraviesan el corazon á un mismo tiempo! ¡Torre confusa de Babel, en que cada uno habla á su modo y al antojo de sus pasiones! A este, se le oyeron los gritos de su ambicion loca; á esotro, el lenguaje de su emulacion y de sus tramas: aquí, unos ojos más homicidas que los del basilisco hieren de muerte á los que miran; allí, unas

sirenas, más temibles por su verdadero encanto que las de la fábula, paran y pierden á los que sin esta fascinación de oídos hubieran llegado al puerto felizmente. ¡Oh Dios! ¡Qué embeleco de bagateles! ¡Qué conjunto de diversiones frívolas! ¡Qué comercio de amistades burlescas ó impuras! ¡Qué concurso de impiedad y de libertinaje! ¡Qué corrillos de murmuraciones y calumnias! ¡Qué arte de disimular, fingir, agradar, á expensas muchas veces del honor y casi siempre de la conciencia! Así es, que en el mundo, en este teatro del engaño y de la mentira, todos se ciegan, todos se precipitan y todos caen en los lazos de la perdición, porque todos tienen una venda fatal sobre los ojos que no les permite abrirlos al desengaño.

Nadie mejor que Cristina hubiera podido engolfarse en este mar halagüeño, y satisfacer la sed de sus apetitos con más especiosos pretextos. Su casa, rica, opulenta; su nacimiento ilustre, una de las familias patricias que tanto ruido hacían en Roma y en todo el imperio; su padre, tiernamente prendado de una hija, que por tantos títulos merecía sus cariños; la hermosura de su rostro, su modestia, su amabilidad y sus gracias; su entendimiento, su despejo, su discreción y sus talentos; la religión pagana, heredad de sus mayores y nada escrupulosa en tolerar las pasiones; la poca edad, expuesta á la ilusión y al capricho; todo este conjunto de lisonjeras circunstancias sollicitaban su alma á la satisfacción de los placeres, y eran unas baterías irresistibles á los halagos de la sensualidad y de la carne. Mas todos estos enemigos, por formidables que fuesen, no fueron para Cristina, para la noble y generosa doncella, sinó objetos indignos de su estimación y de su aprecio, y solo gloriosa materia de vencimiento y de triunfo. Cuando otras niñas de su edad solo piensan en frustrerías ó en puerilidades frívolas, entregan su corazón á la vanidad y al deleite, y no piensan sinó en atavios, en modas, en galas y en profanidad, ó tal vez en amorios impuros, en conversaciones libres y en tratos indecorosos; nuestra ilustre Santa, dada al mundo para condenación de sus máximas, para confusión de sus nécios amadores, para norma del recato, del pudor y honestidad virginal, y para crédito de la gracia, que elevaba sus nobles pensamientos, como si en sus tiernos años contara muchos lustros de prudencia, de gravedad y de serias reflexiones; miró todas estas cosas con aire de desdén, de indignación y de justo aborrecimiento, no gloriándose su corazón sinó en las espigas de la cruz de Cristo, su dulce esposo, á quien había elegido por dueño único de su alma. ¡Oh! si yo pudiera descubrir el interior de su pecho y ponerlos á la vista la gloria de esta hija del Rey, ¡cómo se llenarían de confusión aquellas vírgenes nécias, que

toda la vida pasan en un tejido abominable de visitas y paseos, de bailes y espectáculos, de halagar y repeler á sus amantes, de triunfar de la simplicidad de los unos, ó quedar vencidas de las astucias de otros! Cristina no tuvo pensamiento sinó para Dios, ni conversacion sinó en el Cielo; su modestia, su recato, su clausura voluntaria, su consagracion al Altísimo, eran todas sus delicias; y siendo un raro ejemplar al mundo por sus virtudes, lo fué tambien, y aún mucho más admirable, por su fortaleza y por su martirio.

Entre los grandes motivos de credibilidad y firmeza sobre que estriba la religion cristiana, y que convencen á cualquier entendimiento medianamente capáz, uno de los más poderosos es, sin duda, el ilustre triunfo de los mártires. Cuando yo veo á todo el mundo conjurado á porfia para acabar con la fé de Jesucristo; cuando yo veo á los judios y á los gentiles unidos como en un cuerpo, lanzando dictérios y blasfemias contra el culto reciente de un hombre muerto con ignominia sobre un leño; cuando yo veo los edictos de los Césares, la resolucion del senado, las órdenes de los procónsules y pretores, todos mancomunados á exterminar de su jurisdiccion y del imperio hasta el nombre de cristiano; si consulto el dictámen de la prudencia humana, me afirmo, en que no es posible subsista una religion tan odiosa para el mundo, tan opuesta á las leyes del mundo, y á la cual ha declarado guerra abierta todo el poder y empeño del mundo. Pero, cuando yo veo, por otra parte, que á pesar de estos conatos, de estos edictos y leyes, y del odio general de las naciones, la fé se planta, la fé crece, la fé se aumenta, la fé vence y la fé reina; cuando veo que la religion triunfa de sus adversarios, que Jesucristo es adorado y bendecido, que la cruz se eleva sobre las torres y capiteles, y se graba sobre la frente de los mismos principes y emperadores paganos; me digo á mí mismo: no puede ser invencion de los hombres una obra, que subsiste firme, incontrastable y segura en medio de tan desechas borrascas y sacudida de tan horribles vaivenes. Aquí está el dedo de Dios, y las puertas del Infierno no podrán prevalecer contra la solidez de este edificio. Bien puede el demonio valerse de sus tramas, vomitar sus furias, poner en armas todos sus aliados; la fé ha de salir victoriosa, y los pechos generosos de los fieles serán muros de bronce en que no podrán abrir brecha las baterías enemigas. No solo los varones esforzados, los hombres robustos y firmes, los espiritus consolidados en la piedad, serán defensores ilustres del cristianismo; tambien el sexo débil, las mujeres flacas, las vírgenes delicadas, militarán bajo las banderas del Crucificado, y levantando el estandarte de la cruz, entrarán á la parte en la gloria

del vencimiento y del triunfo. Eulalias, Bárbaras, Aguedas, Ineses, infinitas otras, que fuisteis la confusión de los Nerones, Trajanos, Décios, Severos y Cómodos; ¡qué testimonio tan noble no disteis á la fé de Jesucristo con vuestra constancia, con vuestro valor é invencible firmeza!

Pero nó, no necesito de vuestro glorioso martirio para acreditar el poder de la gracia y la verdad de mi religion santísima: Cristina será tambien gloria inmortal del cristianismo y ornamento eterno de la Iglesia católica; Cristina, digo, esta alma solidísima en una carne flaca, este espíritu agigantado en un cuerpecito débil, este corazón intrépido más grande que el mundo todo; Cristina, el honor de las mujeres por su modestia, el modelo de las vírgenes por su pureza, la emulacion de los mártires por su constancia, el triunfo de la gracia por su ternura. Poco importa que un padre soberbio y poderoso, adicto á la religion pagana, nombrado gobernador de Tiro por Diocleciano, y deseoso de conservar la gracia de este príncipe, juegue con arte cuantas armas le ofrece, ó su poder, ó su amor sobre su hija; sus halagos, sus ternuras, sus caricias, léjos de ablandar consolidan más el corazón de esta virgen; sus enojos, sus iras, sus amenazas no abren brecha en este espíritu de bronce. Cristina, que en su mismo nombre lleva grabado el sello y retrato de Jesucristo, está dispuesta á sostener los más duros combates por la gloria del Esposo. Ella no conoce á otro padre que al que la reengendrò para el Cielo, y la cruz del Salvador le es de mayor gloria que la diadema del imperio romano. ¡Oh virgen santa! prepara tu corazón y tu cuerpo para la lucha más dura y más sangrienta que cabe en la imaginacion y en la idea. El mismo que te dió el sér y la vida, ha de ser el tirano cruel, desnaturalizado y fiero que se hartará de tu sangre.

Con efecto; Urbano, el brutal Urbano, toma á empeño conquista para el demonio la inocente alma de su hija, y robar á Jesucristo esta esposa de amor. Hija mia, le dice con blandura, ¡cuánto siento verte postrada delante de un hombre muerto sobre un palo! Déjate de esas tonterías y locuras de los cristianos; adora á los dioses del imperio. Cristina se rie de la propuesta, se burla de unas deidades sacrílegas, que no son más que piedras, metales y estátuas muertas, y responde generosamente al padre: Yo adoro en mi corazón al Dios omnipotente, al Criador de Cielos y tierra, á quien solo se debe el honor y la gloria. Picado Urbano de esta respuesta, convertido en despecho y en ódio el amor paternal, se abandona á la rabia y al furor, la ase de los cabellos, la arrastra por el suelo sin piedad, y á grandes golpes y bofetadas trata de vencer su firmeza. Pero ¡qué poco puede el

espíritu de las tinieblas contra el espíritu de Dios! Urbano, que hasta entónces usaba de los derechos de padre, revistese de la autoridad de juez, y jura por los dioses y por el César, que ha de tratar á su hija como á su mayor enemiga con todo el rigor y severidad de la ley. Mándala desnudar con ignominia. ¡Pobre Cristina! cuánto te cuesta confesar la fé de Jesucristo! Unos verdugos crueles la desnudan hasta de los vestidos interiores, y con peines y garfios acerados despedazan sus carnes, descubren sus huesos, corre á hilos la sangre de sus venas, y caen en el suelo sus carnes á pedrazos. ¡Qué espectáculo tan lastimoso en una doncella de once años! Ella misma, desfallecida en su cuerpo, tiene ánimo para tomar trozos de sus propias carnes despedazadas, y presentándolas á su padre le dice: Toma, come de la misma carne que engendrate. La dureza del padre no se ablanda, se enciende como un león irritado; manda tender en el suelo gran cantidad de carbonos encendidos cebados é inflamados con aceite, y atando la niña á una rueda de hierro, la hace dar vueltas en el aire pasándola por la fragua de la tribulacion y del dolor; pero examinado y probado su corazón en esta terrible máquina no se le halló la menor iniquidad. El padre bramaba como un toro herido con la punta de la lanza, sin saber qué medio emplear para acabar con la hija; pero Dios no quiso sufrir más sobre la tierra á este mónstruo de la humanidad, y le llamó á juicio para darle el castigo merecido por sus maldades.

¡Habeis reflexionado, hermanos, acerca de la virtud de la gracia y la proteccion del Altísimo sobre la esclarecida Cristina? ¿Pudiera sobrevivir á tales tormentos y pasiones un cuerpecito fierno, que al menor golpe se descuadernara y rompiera como un vaso de vidrio, si no estuviere á su lado el Señor de las virtudes? Herida de piés á cabeza como un leproso, llagada y descoyuntada toda, arrojada á lo profundo de un lago para pasto de los peces, y para borrar su nombre de la memoria de los mortales; sumergida no tanto en las aguas como en su propia sangre; ¿estaria todavia para sostener nuevos combates y luchar con nuevas fieras? Si, hermanos, aún estaba, porque el Cielo tomó por su cuenta conservar entero el resplandor de esta estrella, que le servia de tan brillante ornamento. Los ángeles bajan del Paraíso, la visitan obsequiosos, la toman en sus brazos para que no se lastime los piés en la piedra dura de la persecucion, curan sus llagas, unen sus miembros, consolidan sus huesos, recrean su espíritu, confortan su ánimo, ensanchan su corazón, encienden su pecho en el amor de su Esposo, y la presentan á nuevos tiranos para que consiga nuevos laureles y nuevos triunfos. Ya os he

dicho que murió Urbano; pero renació en Dion, que le sucedió en el mando, en la misma tiranía. ¿Qué no discurrió la saña de este perverso juez para derribar el ánimo de Cristina! ¿Os referiré yo aquella caldera de hierro, á manera de cuna, que preparó á la santa virgen, llena de resina y pez derretida, para zambullir en este baño diabólico su tierno cuerpo? ¿Os recordará la infamia que usó con esta inocente y vergonzosa niña, cuando la mandó raer la cabeza á navaja, y despojándola de sus vestidos la hizo pasar en público por las calles y plazas con indecible confusión de la casta doncella? Nó: tales acciones serían indignas de recordar á no ser por la gloria que de ellas resultó á nuestra Santa; pues en el primer suplicio salió sin lesión como el discípulo amado; y en la segunda prueba redujo á cenizas el idolo de Apolo á quien la presentaron. Dion se turba, se asombra, se estremece, y quiere sobrecogido de pasmo: Cristina vive, vence y triunfa del tirano.

No faltaba más sino que triunfase de Juliano, tercer verdugo de su martirio. ¿Qué hará para rendir á Cristina? ¿La meterá en un horno encendido como Nabucodonosor á los niños de Babilonia? Pero Cristina no recibirá daño alguno de las llamas, y cantará como ellos las divinas alabanzas. ¿La encerrará en una cárcel oscura, lóbrega, tenebrosa, poblada de serpientes, áspides y basiliscos? Pero en estas fieras venenosas encontrará Cristina la humanidad que no ha encontrado en los hombres. ¿Mandarán arrancarle la lengua de raíz para que no pregone las maravillas de Dios? Pero no há menester Cristina de este miembro de su cuerpo; su corazón será el sonoro instrumento que articulará las voces con más claridad que su lengua. Todos estos prodigios capaces de ablandar á un peñasco no hicieron impresión en Juliano. Este juez corrompido la sentencia, por último, á morir asaeada por Cristo. ¡Oh niña bella! ¿qué culpas has cometido para tales tormentos? La desnudan los sayones, la atan á un poste, y le disparan una nube de dardos sobre su cuerpo: una tempestad de granizo no cae tan espesa como las flechas caen sobre sus espaldas; la sangre corre de todos sus miembros, el color de su rostro se amortigua, se apagan las luces de sus ojos, desfallecen los espiritus vitales; y Dios, que se complace en su sierva, no quiso librarla de este tormento porque no quiso privarla de la corona; y recibiendo en sus manos aquella alma pura y afilgida de tantos modos, la entró en su eterno descanso, la inundó de celestiales delicias, y dejó á la posteridad un modelo el más perfecto de virtud y fortaleza, un rasgo generoso de su poder y de su gracia, y una eficaz medianera entre Dios y los hombres.

Esta es Cristina, hermanos míos, vuestra ilustre patrona; ó por decirlo mejor, este es un tosco diseño de su hermosura; yo no he hecho más que desfigurar la belleza del retrato con la rudeza de mi lengua. El fervor de vuestro espíritu suplirá lo que falta á la frialdad de mis palabras. Pero sería gran lástima, que solo fuéramos fecundos en elogios de su grandeza y nos quedáramos estériles en la imitación de sus virtudes. ¿De qué nos aprovecharía celebrar con tanto esmero sus glorias, si no procurásemos seguir los pasos de su vida inmaculada? Pidamos, pues, al Señor, que grave en nuestro corazón como grabó en el de Cristina una viva imagen suya, imagen de mortificación y penitencia, imagen de celo y de fervor, imagen de abatimiento y humildad, imagen de firmeza y de constancia, imagen de desprendimiento y desapego del mundo, imagen de amor á la santidad y á la virtud; para que siguiendo las huellas de esta heroína de la gracia, merezcamos gozar de la mismas recompensas de que ella goza en la eternidad de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR.

Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra.

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fé.

[I. JOAN. v, 4.]

No vengo á hablaros en este día de las victorias y conquistas que el mundo aplaude y magnifica en sus fantásticos héroes; no vengo á ponderaros los triunfos terrenos, en los que el orgullo y arrogancia de los hombres encuentra una estéril é imaginaria gloria. Celebre el mundo este género de triunfos; esto, propiamente, dice el evangelista S. Juan, es vencer como el mundo vence; pero no es vencer al mismo mundo, en cuyo triunfo nos empeña el Evangelio. Vencer al mundo es vencer todas las pasiones, despreciar con valentía generosa cuanto es objeto de concupiscencia y de honor para los mundanos; es vencerse á sí mismo después de haber vencido á los demás; triunfar de las propias pasiones y apetitos después de haber triunfado de los demás rivales y contrarios; en una palabra, es hacer lo que hicieron los Vicentes, los Lorenzos, los Justos y Pastores, las Tectas, las Ineses, las Catalinas, y cuantos otros héroes celebra en sus dilatadas épocas el cristianismo, invictos entre las amenazas de los Césares furibundos, á la cara misma de los tiranos, á pesar de la barbarie y obstinación de los pueblos; es hacer lo que hizo el incomparable Cristóbal, cuya memoria celebramos en este día.

Ahora quisiera yo tener presentes á todos los héroes de la fama, que colocaron toda su dicha y grandeza en los honores insulsos y fúbulos de este mundo, para poderles decir con el profeta: Venid á aprender cual es la verdadera grandeza, cuales son las victorias honrosas, en que consiste el valor y prudencia cristiana. Venid á ver un hombre, que nacido en el centro mismo del gentilismo, en la es-

cuela misma del error, desde el instante mismo que recibe el bautismo, á pesar de las perniciosas máximas que había mamado con la leche, olvida enteramente los errores, y sabe conservar la inocencia de su alma, triunfar de sus enemigos, y llevar á los piés del Corde-ro inmaculado una corona hermosa del martirio, fruto y recompensa de sus trabajos y fatigas. ¿Y con qué armas alcanzó el invicto Cristóbal estos insignes y plausibles triunfos? Oye, prudencia carnal y vana sabiduría, oye hasta donde puede elevarse la flaqueza humana cuando quiere. ¿Con qué armas? Con la fé. Esta virtud sola, desde que penetró en su corazón, le hizo triunfar de sus enemigos y de sí mismo. Ilustrado Cristóbal con las luces de la fé, tiene las delicias por tormentos y los tormentos por delicias. Por la fé entregó Cristóbal á Dios su corazón, le buscó ansioso, y le halló entre los horrores de una muerte la más espantosa. Ved ahí delineada la materia de mi discurso y el objeto de vuestra atención en este rato. Ayudadme á pedir las luces necesarias para proponeros los ejemplos y virtudes del glorioso S. Cristóbal, de un modo que sirva de edificación á todos. A. M.

Cuanto con mayor cuidado considero los caminos de la Providencia en el gobierno y conducta de los santos, tanto más descubro no sé qué divinas y superiores luces que me obligan á exclamar con el Apóstol: Que son incomprensibles los divinos juicios é impenetrables sus arcanos; porque escoger los medios proporcionados á los fines que se propone el entendimiento humano, valerse para triunfar de la violencia, para persuadir de la elocuencia, y para deslumbrar del fausto y de la grandeza, esos son los medios que emplea para sus empresas la prudencia carnal y vana sabiduría de los hombres. Pero, que lo más despreciable y flaco que se presenta á nuestros ojos, sea para Dios más poderoso que la mayor fortaleza de los mortales, el valor de los romanos, la soberanía de los griegos y el orgullo de los filósofos; que la simplicidad de doce polres pescadores sea la piedra angular donde estrelle su altivez la mayor arrogancia del corazón humano; que una honda y una piedra en manos de un humilde pastorcillo rompan las sienas de un gigante; y la flaqueza de una mujer triunfe de Holofernes, soberbio conquistador; estos son los caminos trillados de la sabiduría divina, que nos enseña, para valermé aquí de la expresión del Profeta, que los pensamientos y caminos de Dios distan infinitamente de los nuestros.

¿Qué asombrosas pruebas de esta divina máxima no descubro yo en la dilatada carrera de los siglos! ¿Quién creyera, hermanos, que

la fé, una virtud débil, puesta en la boca de doce pescadores sacados de la miseria de sus barcas, sin crédito ni apoyo de riquezas; quién creyera que esta fé, irrisoria al primer golpe de vista, habia de triunfar de las naciones, confundir á los soberanos y hacer vencedores á los santos? La fé fué la que hizo vencedores á los santos, la que los mantuvo en el amor y práctica de la virtud. Ya sé, que esta admirable virtud tuvo bastante que pulir y vencer en Cristóbal: él era gentil de nacion, de un genio altivo, encaprichado con las falsas máximas del gentilismo. Habia empleado los más hermosos dias de su juventud en tributar sacrílegos cultos á mil fingidas deidades. No reconoció en sus primeros años más regla que la de sus propias pasiones, ni otro dios que sus apetitos, ni otro espíritu que el de la ambicion y soberbia. Llevado del fuego de la ciudad sale de su patria, no como allí Abrahán, padre de los creyentes, para obedecer á la voz de Dios, sino para satisfacer á una ciega pasion, que habia levantado en el corazon de este gigante soberbio el deseo de servir al monarca más poderoso del mundo. Gira por las córtes, se presenta cual otro esforzado David en la corte de Aquis, granjéase la voluntad de su soberano, y premia éste su valor con los favores y gracias más distinguidas. Oye de boca de ese cristiano rey, la eficacia de la cruz, cuando para vencer al demonio la forma con viva fé sobre su frente. ¿Quién no pensaria, que al oír estas palabras no abriria Réprobo (este era el primer nombre del Santo) los ojos del alma, y daria crédito á nuestras católicas verdades? No acaba el ciego con los delirios de aquella pasion infame que le domina; se persuade á que Lucífer es el rey más poderoso; y precipitado de un abismo en otro, deja las banderas de aquel cristiano monarca, y se alista en las de Satanás. Pero Dios, que tenia sobre Cristóbal ideas de paz, le mira con ojos de compasion, y multiplica sobre este rebelde sus misericordias, disponiendo que en la cumbre de una altura se encuentre con una cruz, y oiga, aunque por fuerza, de la boca del mismo Satanás, la magnificencia, la grandeza y el poder de aquel Señor, que murió en el afrentoso madero. Convencido ya Réprobo, se postea en el suelo como allí Pablo, y grita: Es cosa hecha: Señor, yo soy otro y lo seré para siempre; yo me pongo en vuestras manos; dispuesto estoy para todo; mandadme lo que fuere de vuestro agrado.

Aquí empiezo yo á descubrir las operaciones de aquella virtud, que se le comunicó á este héroe, desde el instante en que empezó á conocer á Dios. Baja aquel monte cual otro Moisés circuido de luces, no pierde un instante de tiempo, se prepara al punto para el bautis-

mo, lo pide con anhelo á un ermitaño que encuentra al pié del monte; lo recibe con las disposiciones más sensibles, deja el nombre de Réprobo, y se lo muda en Cristóbal. Desde entonces ¡qué luces, qué fervor y resoluciones no se levantan en el corazon de este entendido neófito! ¡Qué dulce vida oculta con Jesucristo, en quien acaha de renacer! Mira Cristóbal iluminado con las luces de la fé al mundo, y le reconoce como una sombra que engaña, como una figura que desaparece y como un fantasma que no tiene realidad.

La fé, católicos, le hace mirar la tierra como un lago de miserias, y se empeña en buscar un bien digno de la grandeza de su alma y capaz de llenar la inmensidad de sus deseos. Acabemos, hermanos; hizole vencer al mundo y triunfar, desde el feliz momento de su conversion, de todos sus enemigos. Hé ahí, pues, el feliz efecto que produce en Cristóbal una fé viva y animada, apoderada de su corazon desde el instante en que conoció á Dios. Él, instruido por aquel devoto solitario en las máximas de nuestra adorable religion, desde el dia en que abraza la fé, pone en práctica los consejos de Jesucristo tomando la cruz de sus trabajos, negándose enteramente á sí mismo, y siguiendo con la mayor fidelidad á su amado Maestro. Mira y observa los peligros del mundo; y rompiendo todos los lazos capaces de detenerle, determina retirarse al desierto, en donde Dios habla al corazon, y el alma no tiene otra cosa en que deleitarse sino en el mismo Dios. Renuncia al punto cuantos bienes le presenta y ofrece un mundo falaz y lisonjero, y se vá á encerrar en la soledad, sin más tesoros que una resolucion generosa y unos ardientes deseos de adornar su alma con todo género de virtudes. Los hombres del mundo estiman y buscan con ansia la estéril y vana gloria que les ofrece este hipócrita engañador. Cristóbal, que no juzga ya de estas cosas sino por la fé y segun las máximas del Evangelio, es de opinion muy contraria. El lustre y el esplendor, capaces de satisfacer una pasion la más ambiciosa, son para el corazon de este recién convertido unos bienes muy viles y despreciables. Busca otros más sólidos, y pone toda su grandeza, coloca toda su felicidad en ser un humilde esclavo de Jesucristo.

Seguiré yo ahora sus pasos en este nuevo género de vida, en que este esforzado Sanson de la gracia solo piensa en morir al mundo, para vivir, segun el consejo del Apóstol, una vida oculta y escondida con Jesucristo, en Dios? ¡Qué ejemplos de las más heroicas virtudes no podria yo proponeros de aquella sinceridad de su penitencia, cuando apartado ya de los ojos de los hombres y colocado en el desierto, se le presentan á la vista sus desórdenes pasados, y pene-

trado de un santo ódio de sí mismo, llora su vida anterior, derrama arroyos de amargas lágrimas, anhela vivamente por su Dios, siente no haberle conocido en tanto tiempo, y procura reparar con su humillacion y con sus lágrimas tantos años perdidos para restituirlos enteros á su Criador! Lleno de amor y confianza ruega con ternura á su amado Maestro, le dé parte de aquellas virtudes de que es modelo, principio, objeto y premio. Todo ocupado en considerar la adorable providencia con que Dios le habia tratado, repasa en su ánimo los peligros de que el brazo del Todopoderoso le habia sacado; y asustado á vista de los lazos de que se ve rodeada su tierna virtud, suplica al Señor con el mismo fervor que el profeta, le lleve de la mano; y tomando la mortificacion como remedio ó preservativo del pecado, pide al Juez divino le perdone lo pasado y le proteja en lo venidero.

Enteramente indiferente á todo lo demás, solo muestra ardor y eficacia para el exacto cumplimiento aún de las menores observancias de la religion. Su primero, único é indispensable cuidado es, adquirir para el Cielo una corona, que estima infinitamente más que todas las del mundo. En aquella áspera soledad, olvidándose de sí mismo, pone en ejecucion quanto puede inspirar á una alma la gracia del Señor. ¡Cuántas veces, para manifestar su amor á Jesucristo, le pidió le hiciese participante de su cruz, y le probase por todos cuantos medios fuese posible! Con sus repetidas suplicas, con sus penitencias, Cristóbal consigue el perdon de sus culpas, queda nuevamente iluminado con las luces de la fé, comprende más vivamente los arcanos divinos, logra la plenitud de todas las virtudes; y despues de haber triunfado del mundo con sola la fé, adquiere nueva fortaleza para vencer los mayores tormentos.

Efecto fué de una malicia digna del Infierno el medio de que, segun el venerable Beda, se valieron algunos gobernadores romanos para pervertir á los confesores de Jesucristo. Estos tiranos, demasadamente ingeniosos en inventar nuevas especies de castigos, vieron con asombro suyo, que ni el hierro, ni el fuego, ni las bestias podian triunfar de su constancia, y resolvieron tentarlos con los placeres. Confiesa con dolor la historia eclesiástica, que algunos hombres, que en medio de los antiteatros, rodeados de sayones y cubiertos de llagas, habian estado inflexibles, se rindieron miserablemente á los primeros asaltos de un enemigo más dulce y delicado, pero en la realidad más peligroso. Consiguó en pocas horas el deleite lo que los más crueles tormentos no habian podido allanar por la fuerza: unos cuerpos, que sobre los cadalsos habian parecido de mármol ó de

bronce, se ablandaron prontamente por las delicias. Los atletas, que habian tenido bastante resolucion para ser mártires, no tenian bastante constancia para ser castos; perdida una vez la inocencia, perdian tambien la religion. Otros que habian, al contrario, resistido á los halagos y atractivos del deleite, cedieron á la violencia de los castigos; acostumbrados á abstenerse de todos los placeres, no pudieron familiarizarse con el dolor. Solo una acendrada fé es capaz de resistir con igual constancia á quanto pueda lisonjearla para corromperla, y á quanto puede hacerle guerra para destruirla. Esta virtud es la que ha dado tantos millares de mártires á la Iglesia. Esta virtud, particularmente, es la que sacó á Cristóbal con victoria del segundo combate, la que le hizo anteponer la afliccion de algunos tormentos á la dulzura pasajera del pecado.

Permitidme, católicos, despierpe yo ahora en vuestras dormidas memorias aquella horrible persecucion que se levantó contra la Iglesia en tiempo del emperador Décio. ¡Qué estragos, qué violencias no ejecutaba este César; á fin de saciar la rabiosa é insaciable sed, que le hacia ir como Tántalo sediento tras la sangre de los cristianos! Le víeráis discurrir por aquella capital del universo, Roma, saqueando las casas, violentando las vírgenes, profanando los templos, y salpicando las paredes con la sangre de los valorosos é invictos mártires; y no contento con haber sacrificado tantas victimas inocentes en Roma, parece queria borrar de todo el universo el nombre cristiano. Para esto se dispersan sus gobernadores por diferentes provincias, con órden expresa de martirizar á cuantos no quieran adorar á sus falsos dioses. Una de las provincias en donde ejecutó su crueldad fué la célebre Licia. Aquí vino Dagon, uno de los más crueles ministros de Décio y Valeriano, á tiempo que predicaba en ella nuestro insigne y esclarecido Cristóbal; y viendo el fruto que hacia su predicacion entre los gentiles, manda conducirle á su presencia. ¡Qué de riquezas no ostentó! ¡Cuántos halagos y sagesiones no empleó por ver si podia cautivar su corazon! Mas Cristóbal opond un santo valor á las profanas expresiones, desprecia con generosidad las promesas, y vá á dar la segunda prueba de su fé encerrado en una cárcel oscura. ¡Ah, Santo mio! yo me recelo que has de quedar vencido en la batalla que se te vá á presentar, y preso en las redes que se te preparan. Luego introduce Dagon en aquel oscuro calabozo dos desenvueltas mujeres, con encargo de tentar con las más tiernas caricias la entereza del Santo. ¿Qué harás, Santo mio, en tan terrible combate? ¿Huirás como José? Lo considero imposible. Acometer es quedar vencido; buscar socorro es en vano. Acutid, fé divina, que cor-

re gran riesgo de que vacile este insigne atleta. Pero, ¿qué he dicho yo? ¡Temer yo de Cristóbal! Me retracto. Los héroes de la religion no caen en semejantes flaquezas: pónelos Dios en el mundo para que sirvan de modelo. Vosotros, cristianos insensibles, que os arrojaís con temeridad en las mayores ocasiones de ruina, y osáis despues culpar á Dios de vuestras caidas; venid á aprender de Cristóbal á triunfar de la carne entre los mayores incentivos para el vicio. El se mostró invencible, no al casual encuentro, sino al acometimiento más furioso, del que Sanson no salió con gloria, y en el que el valeroso David quedó vencido. Se arma con la señal de la cruz, desprecia las caricias de aquellas mujeres perdidas, reprende su desenvoltura, y logra, por trofeo de su victoria, convertir á las mismas que le hacian guerra. ¡Gran Dios! sea una y mil veces alabada vuestra adorable providencia; pero más bendita sea por haber conservado á nuestro Santo invencible en medio de los mayores tormentos. Este es el último esmalte de la corona de Cristóbal. Veía ya Dagon frustrados sus designios, y como impaciente, consideraba preciso quitar la vida á aquel hombre, que, cual otro Pablo, habia convertido la cárcel en hermosa cátedra, desde la que enseñaba y predicaba: sale por órden del presidente de la cárcel este Finees celoso del amor de su Dios, y puesto en la presencia misma del tirano le habla de esta forma: ¿Piensas, infame Dagon, vencer mi entereza con tus promesas? ¿Esperas verme doblar la rodilla ante esos ídolos escandalosos, llevado de la infame ambicion de asegurar tu amistad y la gracia del emperador Décio? ¡Ah Dagon! ¡y cuán nécio eres! Emprime un nuevo modo de atormentarme; pero está cierto, que primero ha de ceder tu crueldad que mi sufrimiento. La vida en nada la estimamos los cristianos sino para hacer de ella á nuestro Dios gusto y agradable sacrificio. Nosotros amamos ardientemente la muerte, como que ella nos há de introducir en los goces eternos; y así, cuanto mayores son los tormentos, tanto mayor es nuestro contento, estando ciertos, de que por ellos nos aseguramos la hora de la muerte tan deseada.

Imaginaos, vosotros, que saña y furor se apoderarian del corazon del tirano. En efecto, manda Dagon azotarle con garfios: se deja ver su cuerpo en el aire cubierto de llagas y sin vacilar ni un punto en la firmeza de su fé. Usa de cuantas trazas y tormentos inventó la crueldad; pero ni los garfios, ni los potros, ni los peines, ni las hachas ardiendo, ni los azotes, ni un encendido morrion que pusieron sobre su cabeza, pudieron triunfar de su paciencia. Predica con fervor á Jesucristo; piden muchos á voz en grito el bautismo; más de

cuarenta y ocho mil almas, segun S. Ambrosio, confesaron la fé en el martirio de Cristóbal. Receloso Dagon de que se le convirtiese toda la provincia, vá á satisfacer su ira, y manda le corten la cabeza. Representaos vosotros, aquellos soldados furiosos, centelleando los ojos, echando espumarajos por la boca, respirando crueldad y tiranía; Cristóbal á este tiempo, inmóvil en medio de aquella infeliz chusma, levanta algunas veces los ojos al Cielo, dá gracias al Señor por el beneficio que le concede; quisiera tener infinitas vidas que sacrificarle en demostracion de su agradecimiento: y en medio de una fervorosa oracion ofrece con alegría al cuchillo su garganta.

Vé, alma dichosa, vé á gozar entre los castos brazos de tu Dios la recompensa que has merecido por tu vida y muerte. Y vosotros, príncipes del Cielo, abrid esas puertas para recibir al esclarecido héroe, que, armado con la viva fé, clama entre las sombras de la muerte: *Hac est victoria qua*, etc.; y al pronunciar estas palabras cae muerto en el suelo. Así murió el glorioso S. Cristóbal: así triunfó este héroe incomparable, feliz en no haber temido las crueldades del mundo; más feliz en haber sido insensible á sus halagos desde el momento en que se convirtió á su Dios; que era todo el asunto de mi oracion.

Hagamos, cristianos, un momento de reflexion sobre nosotros mismos. ¿Qué es lo que obramos á favor de la fé y de la religion? ¿Qué importa que conservemos la fé de Jesucristo si somos apóstatas de la ley de Jesucristo? ¿Cuántos de los cristianos, á pesar de aquella solemne renuncia que hicieron del mundo y sus pompas en el bautismo, colocan toda su grandeza en arrastrar las cadenas de ese soberbio tirano? ¿De qué le hubiera servido á Cristóbal haber hecho celebre su nombre con sus proezas y hazañas, si no hubiese dejado al mundo y seguido á Jesucristo? Su nombre, igualmente desconocido que el de una infinidad de grandes del mundo, estaria en el dia sepultado en un eterno olvido. Pero ahora su memoria es bendita, la felicidad de que goza es inalterable, la duracion de su bienaventuranza se medirá por la eternidad. Todo esto debe Cristóbal á sus virtudes. Sin éstas no hubieran los pueblos acudido en tropas á pedirle gracias, ni él hubiera tenido bastante poder para alcanzarlas. Apenas encontraréis provincia, ciudad, villa ó lugar que no le tenga particular devocion por sus prodigios. Tú, Italia, Astorga, Licia, y vosotras, célebres ciudades de Samo y de Santiago; vosotras, digo, que sois el sagrado depósito de parte de sus reliquias; vosotras podéis decirnos, cuántas veces os han servido de defensa en vuestras aflicciones. Sin tener necesidad de correr otros países ni salir de

vuestras casas, decidme: ¿cuántas veces experimentasteis los benévolos influjos de este astro en vuestras allicciones? Continad, pues, implorando el patrocinio de este glorioso mártir, que si de veras le invocais y procurais imitar sus virtudes, no solo experimentareis alivio en vuestros males y socorro en todas las necesidades, sino que alcanzareis la gracia necesaria para hacer una vida cristiana, ajustada enteramente á la ley divina, tendreis una dichosa muerte, y despues volareis á las mansiones eternas de la gloria, como os deseo.

PANEGÍRICO

DE SAN DIEGO DE ALCALÁ,

RELIGIOSO LEGO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Cum simplicitibus sermone Domini
 El Señor conversa con los sencillos.
 (Prov. III, 32.)

¡Cuán diferentes son las miras del mundo de los planes de Dios! ¡Cuán diferentes las preferencias del mundo de las predilecciones de Dios! Las miras del mundo tienden á satisfacer las pasiones del hombre, sus tendencias, sus caprichos, aún los más extravagantes. El orgullo, la ambicion, el brillo, la ciencia, la humana filosofia; la sensualidad, los placeres, las comodidades, el bienestar temporal. Hé ahí las tendencias del mundo, hé ahí sus preferencias.

Descendió del Cielo el Verbo Eterno, y vino para enseñarnos. Enseñónos, en efecto, de palabra y con sus ejemplos, pues que á eso vino. ¿Qué nuevas, pues, nos trae del Cielo, qué doctrina nos enseña nuestro divino Maestro? A enseñarnos vino; no puede, pues, traernos una falsa doctrina. A redimirnos vino; luego sus palabras, luego sus máximas, luego sus enseñanzas han de ser, no solamente verdaderas, sino las solas verdaderas; no solamente convenientes á nuestra salvacion, sino las solas convenientes á nuestra salvacion. A mostrarnos vino cómo se ha de ir al Cielo; luego el camino que nos muestra es el solo verdadero. Escuchemos, pues, sus palabras, y sepamos de Él el verdadero camino del Cielo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.» Hé ahí la doctrina de Jesucristo nuestro Señor: humildad, sencillez. Cuando el mismo nuestro Señor descendió á la tierra, se presentó con la mayor sencillez y humildad. Cuando los mensajeros del Cielo tienen que anunciar por la primera vez á la tierra la venida del Salvador del género humano, y tie-